

para el Gefe visible de la Iglesia la plenitud de libertad indispensable para el gobierno de la sociedad católica, de esta antigua monarquía que tiene súbditos en todas las partes del mundo. Los pueblos católicos no permitirán que el Gefe de su Iglesia sea despojado de su independencia y venga á ser súbdito de un príncipe extranjero; no tolerarán que sea degradado por una facción que, bajo la égida de su venerable nombre, trata de minar y destruir su poder. Para que el obispo de Roma, que es al mismo tiempo el Gefe soberano de la Iglesia, pueda ejercer sus elevadas funciones es menester que sea soberano de Roma (1).»

La España aparece despues del Austria. En 21 de diciembre de 1848 dirigió á las principales naciones católicas la circular siguiente: «El gobierno de S. M. está decidido á hacer por el Papa todo lo que sea necesario para restablecer al Santo Padre en un estado de independencia y de dignidad que le permita desempeñar su sagrado ministerio. Con este objeto, el gobierno español, luego que supo la fuga del Papa, se dirigió al gobierno francés, el cual se manifestó dispuesto á sostener la libertad del Santo Padre. Sin embargo, estas negociaciones pueden mirarse como insuficientes cuando se fija la vista en el sesgo que han tomado las cosas de Roma. Ya no se trata de proteger la autoridad del Papa, sino de restablecer su autoridad de una manera estable y firme, y de asegurarla contra toda violencia. Bien sabeis que las potencias católicas han procurado siempre garantizar la soberanía del Papa y asegurarle una posición independiente. Esta posición es de tal importancia para los Estados cristianos, que de ningún modo puede quedar espuesta al capricho de

(1) Balleydier, t. 2, p. 369. Nota del príncipe de Schwartzemberg en nombre del Austria.

una parte tan pequeña del mundo católico, como son los Estados romanos.

»La España cree que las potencias católicas no pueden abandonar la libertad del Papa al capricho de la ciudad de Roma, ni permitir que mientras todas las naciones católicas se apresuran á dar al Papa pruebas de su profundo respeto, una sola ciudad de Italia ose ultrajar su dignidad y poner al Papa en un estado de dependencia de que ella podría abusar algún día como poder religioso. Estas consideraciones mueven al gobierno de S. M. á invitar á las demás potencias católicas á que todas se pongan de acuerdo acerca de los medios que hayan de tomarse para evitar los males que sobrevendrían si las cosas siguieran en el estado actual. Con este objeto S. M. ha mandado á su gobierno se dirija á los de Francia, de Austria, de Baviera, de Cerdeña, de Toscana y de Nápoles, invitándoles á que nombren plenipotenciarios y designen el sitio en que hayan de reunirse (1).»

Todas las potencias católicas recibieron con sumo placer esta nota, que correspondía perfectamente á su propio pensamiento: solamente el Piemonte negó su concurso por medio del presbítero Gioberti, presidente del Consejo de ministros, que fué quien escribió la contestación; mas el Piemonte no tardó en recibir su recompensa; pues el 22 de marzo del año siguiente, 1849, el Piemonte fué derrotado en Novara y corrió gran riesgo de verse convertido en provincia austriaca.

Algún tiempo despues el cardenal Antonelli dirigió, en nombre de la Santa Sede, á los gobiernos de España, de Francia, de Austria y de Nápoles un documento de la mayor importancia. Despues de una notable exposición de todos los hechos que habían pasado desde la salida de Su Santidad de Roma hasta

(1) Balleydier, t. 1, p. 319.

el 18 de febrero, concluía reclamando de la manera mas terminante y urgente la intervención de estas cuatro potencias católicas.

Las potencias respondieron solícitas á este llamamiento enviando plenipotenciarios á Gaeta, que era donde el Soberano Pontífice había manifestado deseos de que se abriese la conferencia diplomática; y aun ya ellas se habían adelantado á los deseos de Su Santidad, unas con actos, y otras con enérgicos votos. De una parte el general Cavaignac, á quien la Francia había prestado momentáneamente su espada, había reunido desde el mes de setiembre de 1848 y á las órdenes del general Molliere un ejército destinado á embarcarse para Italia á la primera señal. Por otra parte España armaba sus navios; el rey de las Dos Sicilias apenas podía contener la impaciencia de sus soldados; y en fin, hasta el Portugal, olvidado en el llamamiento á las cuatro potencias católicas, creyó un deber suyo manifestar al gobierno del Papa por conducto de su enviado el baron de Venda-Cruz que el pueblo portugués tendría á mucho honor intervenir á mano armada en defensa de la causa pontificia. Despues de la jornada del 16 de noviembre de 1848, el gobierno de Portugal fué uno de los primeros que ofrecieron al Soberano Pontífice la hospitalidad en el magnífico palacio de Mafra, una de las mas bellas residencias de la cristiandad (1).

En Gaeta tenía el Papa repartido su tiempo entre la oración, las audiencias y el cuidado de los negocios. Por una escepcion de los usos del supremo pontificado admitía cada día á su mesa al rey de las Dos Sicilias, á la reina y á los príncipes; y el rey correspondía con tanta discreción á este favor que cada día esperaba para aprovecharse de él una invitación oficial. La conducta de Fernando II, como

(1) Balleydier, t. 1, p. 336.

soberano y como católico, para con su ilustre huésped, era noble y digna. El rey desaparecía constantemente ante el católico y el católico coronado jamás se acercaba al soberano Pontífice desterrado sino con una rodilla en tierra y con los mas respetuosos testimonios de adhesión. — «Señor, le decía un día el Papa, ¿por qué llevais siempre una gola como el último de vuestros tenientes?» — «Porque soy el primer teniente de Vuestra Santidad,» respondió el rey. Y en efecto, el rey de las Dos Sicilias nunca se presentaba delante de Pio IX sino de grande uniforme y llevando siempre al cuello la gola, señal distintiva de servicio. Este príncipe correspondía á los designios de la Providencia con los solícitos desvelos con que cuidaba al Santo Pontífice. Tocaba á un nieto de S. Luis cubrir con su manto flordeado á la majestad de la tierra, desterrada de Roma.

Fernando II es de elevada é imponente estatura, y posee todas las cualidades que constituyen la fuerza y convienen al mando. Las facciones varoniles de su rostro están moderadas por la espresion de la dulzura; su frente refleja la mansedumbre de su alma. Su gesto y su palabra infunden respeto, pero su mirada y su sonrisa inspiran simpatía. Se hace temer, porque es firme; pero se hace también amar, porque es bueno. Soberano á la vez que padre de su pueblo, y sumiso á sus deberes de rey, consagra toda su vida á la felicidad de sus súbditos. Trabajador infatigable, que todo lo ve y hace por sí mismo, que no se desdeña en descender hasta los últimos pormenores y que imprime á todos los ramos de la administración pública el sello de su inteligencia, es apasionado por la profesion de las armas y protege igualmente las ciencias, las letras y las artes. De gran regularidad de costumbres y profundamente religioso da sobre el trono el ejemplo de todas las virtudes

privadas que constituyen al buen ciudadano; indiferente á los prestigios de una falsa popularidad, su voluntad inspirada del amor del bien no conoce obstáculo alguno. Fernando II es el único rey verdaderamente digno de este nombre que, amenazado en los derechos de su soberanía, ha comprendido que debía rechazar á cañonazos las exigencias de la rebelión. Por su valor y por su energía, venciendo sin ningún socorro la doble insurrección de Sicilia y de Nápoles, el rey Fernando II ha salvado la Italia y preservado á la Europa de una guerra general. Su nombre vivirá en la historia (1).

El domingo 3 de diciembre de 1848 hubo en Austria un cambio de soberano. El emperador Fernando, que gozaba de poca salud, hizo en el palacio de Olmutz su abdicación en favor de su sobrino el archiduque Francisco José, príncipe que aunque bastante joven, pues solo contaba diez y ocho años de edad, daba muestras de grande inteligencia y capacidad. El Austria concibió de él las mayores esperanzas y no las ha visto defraudadas.

El domingo siguiente, 40 de diciembre de 1848, fué en Francia la elección de un nuevo presidente de la república. Había dos principales candidatos: el general Cavaignac, presidente saliente, y el príncipe Luis Napoleón Bonaparte, diputado en la Asamblea nacional. Los votos se dividieron entre los dos en la forma siguiente. De unos ocho millones y medio de votantes, el general Cavaignac tuvo cerca de millón y medio de votos, y Luis Napoleón Bonaparte cerca de seis millones. Así pues Luis Napoleón, sobrino del emperador é hijo de Luis, rey de Holanda, fué elegido generalmente por la Francia militar y por la Francia católica. La memoria del emperador Napoleón estaba siempre viva en el

(1) *Balleydier*, t. 2, c. 19.

alma de los soldados viejos y se había ido haciendo grata á los católicos á medida que fueron sabiendo la manera edificante con que en Santa Helena se había reconciliado con Dios y con su Iglesia. El rey Luis dejaba en Holanda tan ventajosa fama de buen rey y de buen católico, que los que lo sabían se sentían naturalmente inclinados á favor de su hijo. Decíase además que este había manifestado una ternura verdaderamente filial y cristiana para con su madre la reina Hortensia, especialmente en los últimos momentos, y para proporcionarla los socorros de la Religión.

Los proyectos que había intentado en Strasburgo y en Boulogne hicieron temer que todavía no estuviese bastante sentada aquella cabeza para poder gobernar un gran país; sin embargo, la manera con que se había conducido en la Asamblea nacional de 1848, para la cual había sido elegido por muchos departamentos, daba mejores esperanzas. A pesar de todo ello, aun había una cosa que hacía vacilar á muchos católicos, entre los cuales nos contábamos nosotros, para decidirse á favor de Luis Napoleón; y era la conducta de su primo en Roma para con el Papa. En la mañana misma del 40 de diciembre todavía estábamos en Nancy vacilantes entre los dos candidatos, cuando leímos en el *Diario* la siguiente carta del príncipe al nuncio apostólico: «Monseñor: No quiero dejar que se vayan acreditando cerca de vos los rumores que tienden á hacerme cómplice de la conducta que observa en Roma el príncipe de Canino. Hace ya mucho tiempo que no tengo ningún género de relaciones con el hijo mayor de Luciano Bonaparte, y deploro con toda mi alma el que él no haya conocido que la conservación de la soberanía temporal del Gefe venerable de la Iglesia estaba íntimamente ligada al esplendor del catolicismo como también á la libertad y á la independencia de Ita-

lia. Recibid, monseñor, la seguridad de mis sentimientos de la mayor estimación. *Luis Napoleón Bonaparte.*» Leído que hubimos esta carta, cesaron nuestras vacilaciones; pero llegamos á persuadirnos que si esa carta se hubiera publicado ocho días antes, Luis Napoleón habría tenido siete millones de votos en lugar de seis.

Con estos tres hombres, Fernando de Nápoles, Francisco José de Austria y Luis Napoleón, todos tres capaces, todos muy buenos católicos, y todos tres franceses por su origen, así como la familia Real de España, era de esperar un pronto socorro para la Iglesia de Dios y para la sociedad humana. Un religioso franciscano, el P. Vaure, admitido á la presencia del presidente de la república francesa, le recordó que un día el Papa Gregorio XVI, al perdonarle los errores políticos de su juventud, le había bendecido diciendo: «Mi bendición hará feliz al joven príncipe y le permitirá prestar un inmenso servicio á la Iglesia.» Ya la España había enviado su escuadra á Gaeta y los austriacos avanzaban por la parte de Ferrara y el rey de Nápoles por la de Terracina. El 25 de abril de 1849 desembarcaba en Civita-Vecchia un ejército francés al mando del general Oudinot. La expedición militar encontró más de un obstáculo por parte de la diplomacia. Ella asegura desde luego al general en jefe que le bastará presentarse delante de Roma para que se le abran las puertas por una reacción poderosa que dentro se estaba formando. En su consecuencia, el 30 de abril el ejército avanza hasta llegar al pie de las murallas; pero es recibida á tiros. Sin embargo, ábrese una puerta delante de un batallón francés, y sale por ella de tropel un grupo de romanos agitando pañuelos blancos y gritando: «Se han hecho las paces, ¡Viva la paz! Esta mañana éramos enemigos, y esta tarde ya somos her-

manos. ¡Viva la Francia! ¡Vivan los franceses!» Engañado el batallón por estas demostraciones, se deja llevar á la ciudad y allí es desarmado y declarado prisionero de guerra. Fué pues preciso poner un sitio en regla; pero hasta las operaciones del sitio fueron estorbadas por un negociador civil ó diplomático que entra en Roma y después de muchas semanas concluye con los revolucionarios un tratado contrario á sus instrucciones, contrario á las instrucciones del general en jefe, contrario al honor de la Francia y al objeto de la expedición. El presidente del ministerio francés era el abogado Ollivier-Barrot, el mismo que en 1830, siendo prefecto de policía en París, dejó saquear y demoler el palacio arzobispal sin tomar medida alguna para impedirlo; lo cual supone un hombre más inclinado á la anarquía que al orden. De ahí quizá todos aquellos obstáculos diplomáticos á la expedición de Roma, que dieron á los revolucionarios de Italia tiempo suficiente para organizarse bajo la dirección de un jefe guerrillero, el genovés Garibaldi, para matar á los sacerdotes fieles, para servirse de algunos malos religiosos á fin de profanar las solemnidades de la Religión, y para cometer en los hospitales horrores hasta entonces inauditos. Los pobres soldados, enfermos, moribundos, viendo algunas personas vestidas como hermanas de la Caridad, esperaban oír de su boca palabras de Religión para disponerse á una muerte cristiana, pero se quedaron escandalizados al oír en su lugar palabras lascivas é infames provocaciones al libertinaje. Era que aquellas fingidas señoras ó hermanas de la Caridad no eran más que unas viles prostitutas; su presidenta, una princesa revolucionaria, lo confiesa en sus Memorias.

El rey de Nápoles y el general Córdoba, general en jefe del ejército expedicionario español, ofrecieron al general Oudinot el con-

curso de sus tropas; mas este les dió gracias por sus ofrecimientos, queriendo por honor del ejército francés que solo este fuese quien acabase lo que habia comenzado. En una carta de 7 de junio de 1849 decia al general español: «Hace ya bastantes semanas que yo habria entrado en Roma, si las negociaciones diplomáticas no hubieran retrasado el ataque de la plaza. Habiendo sido desaprobada la conducta del ministro plenipotenciario que entabló esas negociaciones, yo soy el único responsable de los acontecimientos, y mi deber es simplificarlos todo lo posible. A este propósito permitidme os recuerde un hecho que podeis apreciar mejor que nadie. Bien sabeis que cuando un ejército sitia una ciudad, ninguna tropa estraña puede acercarse á ella, á no ser que reclamen su socorro los sitiadores ó los sitiados. Pero, general, no es esta nuestra posicion respectiva, pues de una parte estais muy distante de ir á proteger á los romanos, y de otra el ejército francés se halla en disposicion de hacer frente á todas las eventualidades (1).»

El día 30 del mismo mes de junio se rindió sin condiciones la ciudad, en la que el 3 de julio entraron los franceses, siendo recibidos con las mayores aclamaciones de la poblacion verdaderamente romana.

El día mismo de su entrada en Roma, el general Oudinot envió el coronel de ingenieros Niel para que entregase al Soberano Pontífice las llaves de su capital. Al ver al oficial francés, el gozo y la satisfaccion de Pio IX irradiaron sobre su frente á través de una nube de lágrimas; el Santo Pontífice sabia al fin que su pueblo habia sido libertado, que la guerra estaba concluida, y que habia cesado de correr sangre; era feliz. «¡Oh habladme de mis hijos de Roma y de Francia, exclamó.

(1) *Balleydier*, t. 2, p. 383.

¡Cuánto habrán tenido que sufrir! ¡cuánto he pedido á Dios por ellos!» Estuvo escuchando con un interés enteramente paternal la relacion de los padecimientos del ejército francés y los pormenores de sus trabajos, prolongados con el único objeto de evitar á la Ciudad Santa desastres irreparables, cuando al fin el Pontífice, no pudiendo dominar su emocion, se espresó del modo siguiente:

«Coronel, lo he dicho muchas veces en otras ocasiones y me complazco en poder repetirlo hoy despues de un servicio tan señalado; siempre he contado con la Francia. La Francia no me habia prometido nada; pero yo sentia que en el momento oportuno ella daria á la Iglesia sus socorros, su sangre, y lo que tal vez es mas difícil para sus valientes hijos, ese valor contenido, esa perseverante paciencia á la que yo debo que se haya conservado intacta mi ciudad de Roma, ese tesoro del mundo, esa ciudad tan amada, tan probada, hácia la cual estaban constantemente vueltos mi corazon y mis angustiosas miradas. Decid al general en jefe, á todos los generales que están á sus órdenes, y á todos los oficiales, y aun si es posible á cada soldado de la Francia, que mi gratitud no tiene límites, y que serán mas fervientes mis oraciones por la prosperidad de vuestra patria. Por lo que hace al amor que profeso á los franceses, se ha hecho todavia mas vivo, si es que mas vivo podia serlo, despues de los servicios que me han prestado.»

Pio IX dirigió al general Oudinot la siguiente carta: «El valor bien notorio de las tropas francesas, sostenido por la justicia de la causa que defendian, ha recogido el fruto debido á tales tropas, la victoria. Recibid, señor general, mis felicitaciones por la parte principal que os ha cabido en este acontecimiento; felicitaciones, no por la sangre derramada, pues esto lo aborrece mi corazon,

sino por el triunfo del orden sobre la anarquía, por la libertad restituida á las personas cristianas y honradas, para las cuales no será ya un delito gozar de los bienes que Dios les deparó y adorarle con la pompa religiosa del culto sin correr por ello riesgo de perder la vida ó la libertad. Respecto de las graves dificultades que podrán presentarse mas adelante, confio en la proteccion divina. Creo que no será inútil que el ejército francés conozca la historia de los acontecimientos que han ocurrido durante mi pontificado; relatados están en mi alocucion de que ya teneis noticia, y de la cual os remito algunos ejemplares para que pueda ser comunicada á aquellas personas á quienes creais conveniente darla á conocer. Este documento probará suficientemente que el triunfo que ha ganado el ejército, le ha ganado sobre los enemigos de la sociedad humana, y por lo mismo este triunfo habrá de despertar sentimientos de gratitud en cuantas personas honradas haya en Europa y en todo el orbe.»

Por aquel mismo tiempo recibió el general Oudinot, para él y su ejército, las felicitaciones del presidente Luis Napoleon, del ministro de la Guerra, y de la Asamblea nacional. El 31 de julio estableció Pio IX en Roma una comision de tres cardenales para que en su nombre gobernaran los Estados Romanos. Inmediatamente el general Oudinot marchó á Gaeta é instó al Papa á que regresase á su capital. Pio IX le contestó, como habia contestado poco antes al señor Corcelles, ministro plenipotenciario de Francia: «¿Cómo quereis que yo desconozca la naturaleza puramente moral de mi poder hasta el punto de que me comprometa de una manera positiva cuando aun no me he fijado en las cuestiones de pormenor y sobre todo cuando soy llamado á hablar frente á frente de una potencia de primer orden, cuyas exigencias para nadie son un

misterio? ¿Debo yo condenarme á parecer que sufro presion de la fuerza? Si hago algo de bueno, ¿no deben mis actos ser espontáneos y tener la apariencia de serlo? ¿No conoceis mis inclinaciones? ¿No son estas tranquilizadoras?... Sin embargo, tengo intencion de ir dentro de pocos dias á mis Estados y detenerme algun tiempo en Castel-Gandolfo en medio del ejército francés.» El general Oudinot volvió á Roma con la seguridad del próximo regreso del Santo Padre.

Poco despues ocurrió un incidente que estuvo á punto de echarlo todo á perder y de volver á sumir á la Europa en una guerra general. El ministerio francés, presidido por el abogado Ollivon Barrot, creia que los asuntos pontificios no se terminaban á su gusto y con la impaciencia que él queria. Separó pues al general Oudinot, quien hubo de ser reemplazado por el general Rostolan como el mas antiguo de los generales de la expedicion. Dos dias despues espidió para Roma una carta que tenia al pié la firma de «Luis Napoleon» y estaba dirigida al coronel Edgardo Ney, que era el portador de ella. Esta carta, en la que habia palabras ofensivas para el gobierno pontificio, exigia cosas que hubieran anulado á los ojos de la Europa la independendencia de Pio IX y hasta deshonrado á su persona: «Yo, decia la carta, resumo asi el poder temporal del Papa: *amnistia general, secularizacion de la administracion, y gobierno liberal.*» Esta carta podia ser del abogado Ollivon Barrot; pero de cierto no era del príncipe que ha hecho el 2 de diciembre de 1851 y salvado en ese día á la Europa y á la sociedad humana de la anarquía que iba á devorarla en 1852. El general Rostolan habia de publicar esta malhadada carta y hacerse el ejecutor de ella.

Pero se negó á ello, dió su dimision y respondió: «Yo no tengo mas que una conciencia, y á ella he debido sacrificar mi po-

sición y mis simpatías; mi sucesor, mas afortunado que yo, tendrá quizá el insigne honor de terminar pacíficamente la obra que nosotros hemos comenzado con las armas en la mano; mi corazón de soldado y de cristiano se alegrará de ello por el Soberano Pontífice, que habrá vuelto á recobrar sus pueblos, y por la Francia que habrá cumplido una misión noble y santa. Al ministerio Odilon Barrot, que tan pronto desaprobaba la carta como la hacia suya y mandaba su publicación, declaró que él jamás se asociaría á un acto que, además del inconveniente de ser injusto, tendría el peligro de prender fuego á la Europa por todos sus cuatro costados. A su modo de ver, conforme con el de los dos embajadores franceses, Rayneval y Corcelles, la guerra general iba á ser la consecuencia de la publicación oficial de la carta de 18 de agosto, y la guerra general no podía menos de ser fatal á las ideas de orden que comenzaban á recobrar su imperio; amaba sobradamente á su país para que fuera á meterle en una senda tan aventurada y peligrosa.

En el mismo sentido escribían los señores Rayneval y Corcelles, los cuales pusieron en conocimiento del gobierno francés que el Gefe de la Iglesia estaba firmemente resuelto á echarse en los brazos de Austria y hasta retirarse á América, si fuese necesario, antes que sufrir la coacción moral con que se le amenazaba. Un rompimiento primeramente, y una guerra general despues, hé ahí las consecuencias que envolvía en sí la carta confiada por el presidente al coronel Edgardo Ney.

Afortunadamente otro incidente dió un sesgo mas feliz á este negocio; ese incidente fueron las sesiones de la Asamblea nacional de Paris en los días 13, 18 y 19 de octubre acerca de la expedición. «Concluyo, señores, decía el conde de Montalembert, recogiendo una palabra que me ha sido sensible como sin

duda lo habrá sido á todos vosotros: se ha dicho que el honor de nuestra bandera habia sido comprometido en la expedición emprendida contra Roma para destruir la república romana y restablecer la autoridad del Papa. A esta acusación todos en este recinto deben de ser sensibles y rechazarla como acabo yo de hacerlo en este momento. No, el honor de nuestra bandera no ha sido comprometido; jamás esta noble bandera ha cobijado bajo sus pliegues una empresa mas noble. La historia lo dirá: yo invoco con fiado su testimonio y su fallo. La historia echará un velo sobre todas esas ambigüedades, sobre todas esas tergiversaciones, sobre todas esas contestaciones que habeis señalado con tanta amargura y con una tan viva solicitud de sembrar la desunión entre nosotros: ella echará un velo sobre todo esto, ó mas bien no lo señalará sino para consignar y hacer resaltar mas la grandeza de la empresa por el número y la naturaleza de las dificultades vencidas.

La historia dirá que mil años despues de Carlomagno y cincuenta despues de Napoleon; mil años despues que Carlomagno conquistó una gloria inmortal restableciendo el poder pontificio; y cincuenta años despues que Napoleon, en el colmo de su poder y de su prestigio, vió frustrados sus ensayos de deshacer la obra de su predecesor; la historia dirá que la Francia ha permanecido fiel á sus tradiciones y sorda á provocaciones odiosas. Ella dirá que treinta mil franceses, mandados por el digno hijo de uno de los gigantes de nuestras grandes glorias imperiales, abandonaron las playas de su patria para ir á restablecer en Roma, en la persona del Papa, el derecho, la equidad, el interés europeo y el francés. Ella dirá lo que el mismo Pio IX ha dicho en su carta de acción de gracias al general Oudinot: *El triunfo de las armas francesas ha sido conseguido contra los ene-*

*migos de la sociedad humana.* Sí, ese será el fallo de la historia, y una de las mas bellas glorias de la Francia y del siglo décimonono. Y esta gloria no querreis atenuarla, empañarla, ni eclipsarla precipitándoos en un abismo de contradicciones, de complicaciones y de inconsecuencias inextricables. ¿Sabeis lo que empañaría para siempre la gloria de la bandera francesa? Lo que la empañaría para siempre sería el oponer esa bandera á la cruz, á la tiara que ella acaba de salvar; el transformar á los soldados franceses de protectores del Papa en opresores; el cambiar el papel y la gloria de Carlomagno por una ridícula y lamentable imitación de Garibaldi (1).»

La gran mayoría de la asamblea legislativa juzgó como Montalembert. La noticia de este triunfo no tardó en llegar á la corte pontificia y disipó en ella grandes temores; el Santo Padre la recibió con gozo, y el influjo favorable que ella ejerció en sus proyectos ulteriores se revela en la respuesta que dió á la diputación municipal que fué de Roma para suplicarle que regresase á sus Estados: «Repugnábanos, dijo, regresar á nuestros Estados mientras en Francia se ponía en cuestión nuestra voluntad independiente; mas hoy que una feliz solución parece deber poner término á toda duda sobre este punto, esperamos poder regresar en breve á nuestra Roma.» Y en efecto, en 12 de abril de 1850 Pio IX volvia á entrar en Roma en medio de los franceses y de los romanos puestos de rodillas; y en 18 del mismo mes bendijo en la plaza de San Pedro las armas y las banderas de la Francia. Así se terminó la revolución política de Roma por el triunfo católico de la Iglesia romana. Demos ahora una ojeada á las revoluciones contemporáneas de los reinos de la tierra.

Hemos visto en Italia á los enemigos de la

(1) Balleydier, t. 2.

sociedad pública, bajo la dirección del abogado Mazzini, jefe de las sociedades secretas, aervirse de las procesiones populares en honor de Pio IX para conspirar contra el gobierno pontificio; en Francia tambien pasaba algo parecido á eso en el intervalo de las sesiones legislativas de 1847 y 1848. Luis Felipe tenia la mayoría en la cámara de los pares y en la de diputados; pero en esta última, el jefe de la minoría ó de la oposición, el abogado Odilon Barrot, se fastidiaba de no ser ministro, mientras que el protestante Guizot venia siéndolo ya por espacio de seis á siete años. La minoría pues organizó en las provincias banquetes políticos, en los que, al reclamar la reforma electoral, se hablaba contra la mayoría, contra los ministros y aun contra la monarquía constitucional de Luis Felipe. Esto produjo cierta agitación en el país. El gobierno lo llevó á mal, y en su consecuencia, el 28 de diciembre de 1847, en un discurso de apertura de las dos cámaras, habló de la *agitación que fomentan pasiones enemigas y ciegas*. La mayoría de las dos cámaras habló como el gobierno; pero la minoría del abogado Odilon Barrot, tomando para sí las *pasiones enemigas y ciegas*, habló á su vez de las *pasiones bajas y codiciosas*. Los resultados hicieron ver que habia bastante razón de una parte y otra. La minoría pretendió que tenia derecho para censurar los actos de la mayoría y los del gobierno; pero que ni este ni aquella le tenían para censurar los de la minoría. Y para mostrar que esta tenia razón, su jefe el abogado Odilon Barrot, pidió se acusase á los ministros, y declaró que él y los suyos (serian unos ciento) tendrían un banquete político en el mismo Paris. El día señalado para ello fué el 22 de febrero, invitándose á él como testigos y aprobadores á los guardias nacionales y á los jóvenes, los cuales habian de reunirse en la plaza de la Magdalena. Era ya